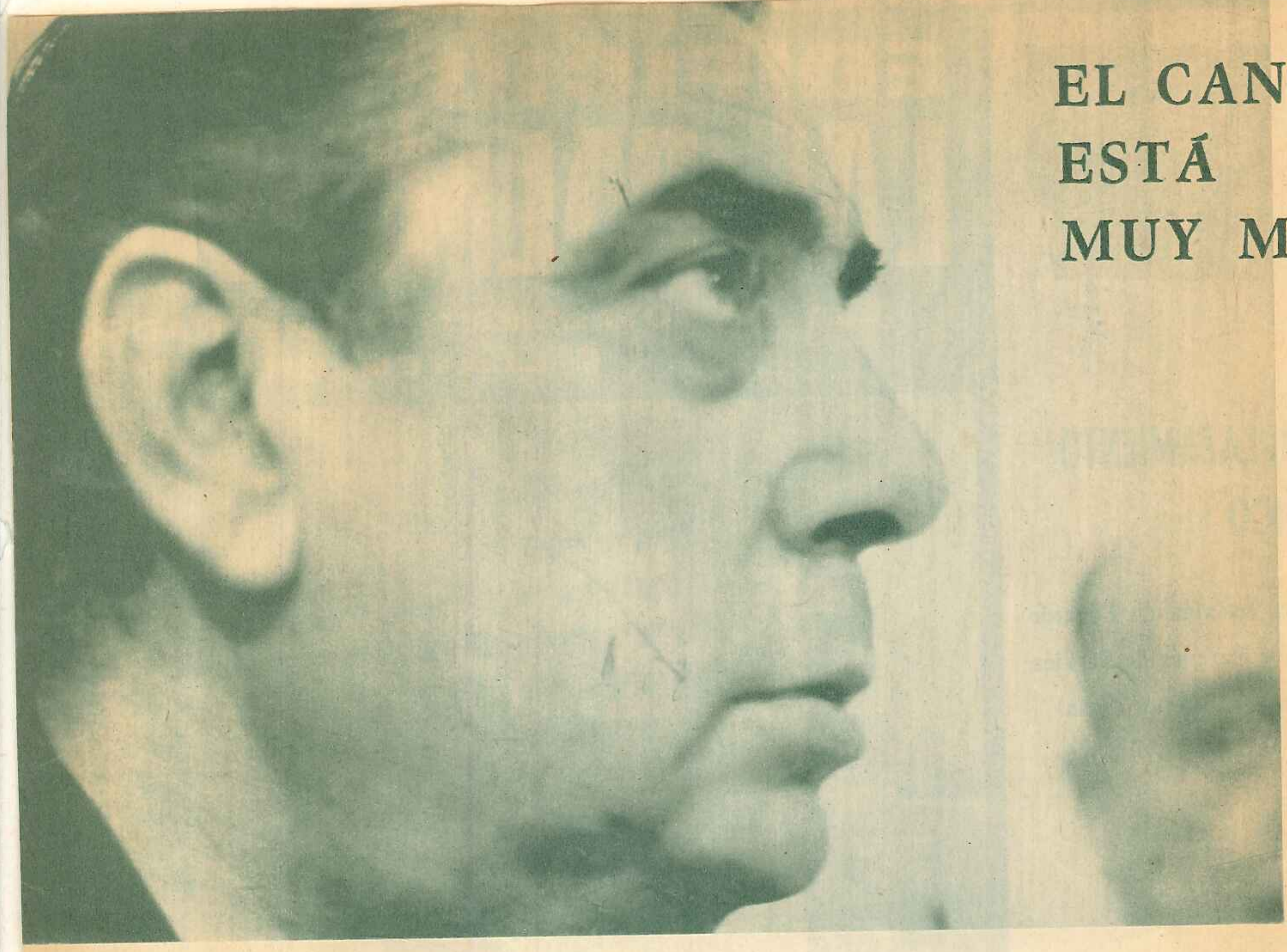
A. B. C. (Sevilla) 17 de Octubre de 1968.

EL CANTE ESTÁ MUY MAL



MANOLO CARACOL ANUNCIA SU RETIRADA PARA DENTRO DE UNO O DOS AÑOS

CINCO años largos hace que Caracol no canta en público, salvo esporádicamente en «Los Canasteros», en esas noches en que sus duendes gitanos le empujan al tablao porque sí, porque hay veces que el cantaor flamenco tiene una necesidad vital e imburlable de cantar.

—Pero a eso no le llamo yo cara al público. Le llamo más bien que, en agradecimiento a mi clientela, canto porque me lo piden...

—Reuniones entre amigos.

—Entre amigos.

Manolo Caracol bebe vino tinto. Antes de comenzar a hablar para el micrófono de nuestro magnetofón, toma un pequeño frasco que le tiende su hijo y se da unas inhalaciones a la garganta.

—¿Cómo se encuentra de facultades?

—Mejor que nunca —responde, terminantemente.

Sin embargo, Manolo Caracol anuncia su retirada para dentro de uno o dos años, y lo hará volviendo a los escenarios teatrales. Justifica su decisión.

—Son muchos años, cuarenta años, dedicado al cante.

Cuarenta años largos, pues fue en 1922, en el Festival de Cante Jondo de Granada, que organizaron Falla, García Lorca y otros intelectuales, donde el «Niño de Caracol», entonces un chaval de once años, se reveló ganando un primer premio (mil pesetas), en soleares, serranas, polos y cañas.

Nos tememos que su ausencia va a dejar un vacío muy difícil de llenar, puesto que incluso en su propia familia —una dinastía grandiosa. que se remonta a «El Fillo», Enrique Ortega «El Gordo» y «Curro Dulce», nombres que han hecho historia en el cante—, no se ve un sucesor digno de tan altos destinos. Su hija Luisa Ortega, la más famosa hoy del clan, parece orientarse con preferencia hacia la canción o la estampa escenificada; las otras hijas, Lolita y Manuela, son fundamentalmente bailaoras; el único hijo varón, Enrique, cantaor también, se dedica antes que nada a los negocios familiares... ¿Quién va a ocupar, pues, ese lugar tan peculiar, tan singular, que tiene hoy en el arte flamenco el patriarca de los Ortega? Veamos lo que él mismo nos dice cuando le preguntamos cómo está el cante ahora:

—Muy mal. El cante está muy mal.

—¿Por qué?

—Porque no hay, no hay quien lo... Esto es como en todo. Hace cuarenta años se veía a los jóvenes cantaores que iban saliendo, había más afición al cante de los cantaores. Ahora hay más afición entre el público, pero hay menos cantaor, menos cantera de cante, hay menos afición de intérpretes. Hay estos señores que se dedican más a la cosa, realmente a la cosa que puede ganar dinero, cosa que no es... Como esto de ahora del leré, el leré, ésto del leré, cómo se llama, el la, la, la. En un momento se hace una persona rica, puede ganar mucho más dinero, y un artista flamenco hoy, pues, sale cantando por bulerías la, la, la, y con la, la, la y con mucho pelo en la cabeza, pues, gana dinero, pero sin preocuparse si el cante es tal o cual. O sea, que no hay pureza; hay menos pureza y menos intérpretes, y que no nacen. no hay personas. Yo, ahora, con cincuenta y seis años, echo la vista atrás y no veo uno con diez años, con doce años, que viene empujando, no, no lo veo.

—¿Cree usted, a pesar de éso, que hay algunos cantaores serios, que buscan la pureza del cante?

—Pues mire usted, hay cantaores, podrían haber algunos y no quiero mentar nombres, que pudiera hacerlo, pero es que lo están mixtificando, están haciendo eso que decía de la cosa comercial... Por ejemplo, señores que vienen hablando de flamenco y están metidos en los

A. B. C. (Sevilla) 17 de Octubre de 1968.

HERI

E TERMI

VES EN M

ficio de prestigio

por

ANA S.A.

N, S.L.

DALUZAS, S.

Ayuntamientos, hacen libros de flamenco y cogen un par de artistas que creen que cantan bien, y yo creo que cantan bien, y entonces hablan de cuarenta cantes, de ochenta cantes, y se van a una plaza de un pueblo o de una capital a hacer un concierto de flamenco, y se pone nada más que en el libreto, en el reparto, el cante de la toná de Silverio, el cante de Tomás el Nitri, el cante... Ni el público está preparado para eso, ni ellos tienen edad para haberlo oído. Lo que hacen es hablar por oídas y decirlo por oídas. Ahora, con lo que ellos saben cantar, si se dedicaran a cantar lo que ellos han escuchado, los que han estado más cerca de eso, que es la seguiriya, que es la soleá, que es la malagueña, que es por tarantas, que es por bulerías, que es por alegrías, sería más verdad lo que dieran al público, y no hablar de las tarantas, y de las medias tarantas, y del martinete, y de la fragua... No saben lo que dicen, no saben lo que hablan. Es una cosa... sin justificación de causa; el que lo oye, como no ha escuchado otra cosa, pues dice que lleva la razón este tío...

—¿Usted cree que lo que falta es una formación en los cantaores?

—Hombre, sí. Yo creo que la persona que quiera vivir del cante flamenco y que tenga condiciones para vivir de él debe de hablar francamente de lo que él sabe, de aquello a lo que su voz está adaptada, porque todas las voces no están adaptadas para todos los cantes; cada cantaor tiene un estilo... Yo el primero, que lo que me gusta a mí es mi ése personal, ¿eh? Yo no he copiado a nadie, yo he hecho un teatro, yo he creado una escuela, y yo lo que canto es mío, y no me parezco a nadie; malo, bueno, regular, peor, es de Manolo Caracol. Claro que si usted me viene a hablar a mí del cante de fulano o del tal, tendré yo más justificación que ninguno de ellos, porque yo soy de familia de raza y además yo he tenido la suerte de estar treinta años antes de llegar a la fama metido en todas las fiestas con todos estos señores, y escuchando cantar y gustándome...

—Pero ahora los jóvenes no pueden encontrar ese ambiente...

—No, no lo encuentran, yo creo que no... Estos muchachos deben dedicarse más a crear ellos, a crear una escuela de cante de esta época, de lo que ellos tienen en su mente, de sus condiciones de voz, de su rasgo personal, de sus sentimientos profundos o de su alegría; ellos deben de crear una escuela de cante basada en estos cantes que son más modernos que los anteriores; dentro de esto, que se vayan a las fuentes de quienes no les puede equivocar.

Manolo Caracol, creador de cantes, figura singular en el arte flamenco, habla con su voz ronca, «afillá», esa misma voz, como a punto de romperse, de sus buenas soleares. También su pensamiento se quiebra de pronto, inesperadamente, y deja una frase sin terminar, para saltar, precipitadamente, como si temiera que una nueva idea importante se le olvidara, a otro tema.

Manolo Caracol ha creado la escuela caracolera en el cante, su escuela. Le preguntamos:

—¿Cuáles son las características fundamentales de esa escuela?

—Pues mire usted, la escuela mía es una escuela muy... muy rara. Yo he creado cosas muy difíciles, como por ejemplo... quién iba a decirles a Enrique el Mellizo, ni a Silverio, ni a Chacón, que yo iba a cantar a piano y que iba a cantar «La Salvaora» a la terminación del cante por malagueñas... Yo he llevado a la partitura la malagueña de Enrique, unos tientos de la «Niña de los Peines» y muchos otros cantes... Después tengo los fandangos caracoleros, que me lo puso a mí Chacón, y dijo que esos no eran fandangos: «Estos no son fandangos, son fandangos caracoleros, una creación del muchacho, como yo creé la malagueña...» Sólo que la malagueña, que él se la oyó a La Trini y a Enrique el Mellizo, no tiene tanta profundidad como el fandango mío; el fandango mío va lanzado en todos los cantes grandes y lleva trozos de todos los cantes: es una paella caracolera.

—Bueno —apuntamos—, precisamente eso de llevar el cante a la orquesta le ha sido reprochado a usted, como falta de ortodoxia flamenca...

—No, no, no, no, no... —se apresura a replicar—. Al contrario, al contrario, todo lo contrario. Si no, el flamenco no se hubiera elevado, no hubiera llegado a las grandes masas, pero se mantiene dentro de la máxima pureza. Al menos, el que yo hago.

Caracol evoca, no sin nostalgia, una de las edades de oro del flamenco, que él llegó a conocer, a finales de la década de los años veinte. El nombre de Manuel Torres es un punto de referencia frecuente en sus conceptos de lo jondo.

—Era un hombre de inspiración, muy raro, pero en sus buenos momentos era un genio. Me impresionó mucho también la Moreno, una cantaora extraordinaria; me ha gustado mucho la «Niña de los Peines», me ha gustado mucho Tomás Pavón, hermano de la «Niña de los Peines»... En aquella época había muchos cantaores. El Gloria, me ha gustado mucho. El Gloria, por bulerías, era un cantaor larguísimo; por saetas, extraordinario. Las Pompi tienen un aire suyo... En cualquier sitio que llegaran a parar tenían algo.

Manolo Caracol se confiesa un cantaor irregular, de inspiración.

—Depende del momento: o soy un borracho cantando, canto muy mal, o me coge un momento determinado y todo lo que hago me sale bordado.

Es decir, que el «duende» es un factor básico en el cante de Caracol.

—¿Qué es el «duende»?

—Cualquiera sabe —responde—, porque si se supiera lo que es, entonces uno diría «que venga el duende ahora». Está uno un día muy a gusto, muy a gusto... Fíjese lo que será el duende. Anteanoche me mareé yo, con unos amigos; me llevé a casa estos Marismeños, unos muchachos que cantan cantes de las marismas; me llevé a Pepe el Culata, que es un buen aficionado al cante, a Felipe de Triana, y a otros. Cantaron todos y yo quería cantar y no podía. Y no canté. Que no me salía ni la voz. Se van estos muchachos, se fueron a las nueve o las diez de la mañana; me levanto a comer, voy al baño, y me sale la voz, empiezo a cantar yo solo: el «duende». ¿Por qué? El «duende» viene cuando quiere venir. Hasta en sueños viene el «duende»; Tomás el Nitri soñó su cante por seguiriyas, y a mí me ha ocurrido a veces también soñar los cantes.

He aquí al Manolo Caracol de este verano de 1968. Le dejamos con su segundo vino tinto, en la fresca penumbra de su colmao madrileño. Dice que se va del cante, aunque se encuentra, él, en su mejor momento. Esperemos que en vez de ser un «adiós» sea un «hasta luego».

A. A. CABALLERO

(Fotos Manríquez.)

(Coprensa)